

Nacido en Caravaca de la Cruz (Murcia) en 1957, es profesor de Historia y escritor. Su trayectoria literaria está jalonada de galardones y reconocimientos de primer orden. Entre sus obras publicadas destacan "Deseccación de la Alegría" (poesía) y la novela "Donde empieza la nada" (Algaída, 2008).

Miguel Sánchez Robles

(Caravaca de la Cruz, Murcia, España)

Primer Premio del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

HIPÓTESIS PERFECTA DE LA FELICIDAD

"Puedo mentir, pero no quiero hacerlo aquí; porque se trata de un recuerdo y cualquier imbécil puede retorcer los alambres de un recuerdo, darle formas bonitas, colores adecuados, plantarlos encima de un mueble o una charla"

Juan Carlos Onetti

*"...porque de lo que fuimos
ya no quedan los cuerpos
ni las sillas."*

Homero Aridjis

Le gustaba comprarse sonidos de ballena. Bajaba las persianas, apagaba la luz y los oía en su cuarto mientras morían las tardes lánguidamente afuera sin otra novedad que las gamas refintas y azulonas con que se ponía el sol decorando los cielos de aquellos barrios húmedos y pobres. Las dejaba morir como cumpliendo un crimen, empecinado en la voluntad de no estudiar y asesinar el tiempo con holganza, también por rebeldía, por haber idolatrado aque-



llas películas de James Dean en las cuales se le veía fumar sin quitarse el cigarro de la boca, con su cazadora de cuero y las manos metidas en los bolsillos, decidido a no untárselas nunca en los quehaceres sórdidos de las clases medias, convencido de que la grandeza se construye repudiando por norma la zafiedad que existe alrededor. ¡Se parecían tanto por fuera y por dentro! Era hermoso verle andar solo y cabizbajo, descendiendo las calles completamente ausente y un poco melancólico para asistir a clase por las tardes mientras pensaba siempre su hipótesis perfecta de la felicidad.

Se sentaba al final, en los últimos bancos, se subía las solapas de su chaqueta de pana azul marino, estiraba las piernas y se retrepaba con los brazos cruzados en una postura cómoda e insolente, quieto y aparte, abstraído y mirando sin un gesto en la cara. Nunca tomaba apuntes, no escribía nada ni llevaba bolígrafo ni folios ni carpeta, parecía estar allí sólo para escrutar los designios eruditos de aquellos profesores que dictaban apuntes protocolariamente porque comían de hacerlo, todos formando parte de un gran gesto vacío que había que soportar para poder ser algo en esta vida.

Le gustaba pintar, llenaba lienzos dibujando las formas pulmonares de la peste bubónica, la superficie interna del yeyuno, la textura convexa de los páncreas, formas irregulares y poliédricas que fotocopiaba de las enciclopedias y por las cuales estaba obsesionado de una manera artificial y extraña. Tomaba poco alcohol, decía que emborracharse sólo quería decir emborracharse. Prefería destinar ese dinero a gastarlo en los fotomatonés, proveerse de muchas, muchísimas de esas tiras verticales de cuatro fotos que permiten moverte y salir en ellas haciendo tantas cosas



L'ILLUSTRATION
L'Aéronautique





raras como te diese tiempo en los dieciocho segundos que duraban los flashes de la máquina. Luego las colgaba en su cuarto, cientos de tiras de fomatones que contenían su rostro de mil y una manera, ornamentado con toda clase de atuendos, enseñando todo tipo de muecas y de poses, también, pura y simplemente, partes de su cuerpo, primerísimos planos de sus genitales, su abdomen dibujado con carmín, todo cuanto se le ocurría y daba de sí.

Solía escribir. Guardaba sus textos en una barata y vieja carpeta llena de pegatinas que escondía debajo del colchón. Compraba rotuladores "permanentes" y los jueves, sobre todo los jueves, se dedicaba a escribir párrafos cortos en los wáteres públicos de toda la ciudad. Decía: "Voy a editar", y se marchaba solo, como si fuese a una misión militar o algo parecido. Luego volvía satisfecho, se tiraba encima de la cama y fumaba desnudo haciendo oes con el humo. Aún hoy recuerdo alguno de aquellos sencillos textos: "Mientras haya palabras habrá un asco burgués rodeándonos la lengua" "Existir se parece a algo que hemos leído y era friste", "El mundo es basura, pero nos gusta estar vivos". Completaba su tiempo con la afición noctámbula de rebuscar objetos en cubos de basura. Recorría las calles a altas horas de la noche y hurgaba sin ruido los despojos domésticos que la gente sacaba disciplinadamente a las aceras. Buscaba objetos raros, que tuvieran arte, como solía decir, que evidenciaran, contuvieran y significaran la cultura urbana del consumo, objetos mutilados o ajados que de alguna manera denunciasen la vacuidad espiritual de una sociedad que él decía y manifestaba odiar, signos de decadencia cargados de ternura. Apilaba montones de aquellas cosas en una habitación contigua estrecha que alguna vez fue una despensa. Le gustaba enseñármelos, los cogía en sus manos delicadamente y me los

mostraba como si tuviese en ellas un gorrión herido, cajas metálicas de Colacao oxidadas en los bordes y que habían servido para guardar estampas y recordatorios, discos usados de algodón para desmaquillar, exvotos de cera con forma de pie de niño, medio traje de primera comunión, un sonajero roto,... Hablaba de exponer. Hizo gestiones lacónicas y necias para exponer aquello dentro de las actividades de una semana cultural que organizó la ORT en la Facultad de Letras. Pero no fue posible, no le dejaron, expusieron a cambio carteles del bando republicano de la Guerra Civil. Como siempre se había quedado al margen. Era su vocación ineluctable, quedarse en las orillas, transitar las esquinas de la vida, besar la soledad, aquella soledad, su soledad, soledad de estar solo y ser distinto, esa genuina y pura soledad para la cual algunos hombres parecen haber nacido o llevarlo en la sangre.

Odiaba la "sociabilidad" y los "comparacionismos", las manifestaciones con la palabra PAZ escrita en las pancartas, la jerga universitaria y sobretudo parecía odiar a esas gentes de ciudad que se muestran felices y sonríen sin pudor con sus enormes dentaduras blancas, hombres y mujeres que saben estar en cualquier sitio y se muestran cómodos mientras escuchan y ríen sandeces y propósitos. Gentes que se cuidan, fuman bien y poquito, cenan con siete dátiles y toman mucho zumo, leen despacio el periódico o se pasan la tarde hablando sin piedad de odontología y se muestran sus prótesis dentarias y se intercambian números de teléfono de buenos dentistas y especialistas del corazón y enriquecen modelos, futurólogos, asesores de imagen y toda esa gama de oficios confusos que agolpan sus direcciones en las guías de teléfonos y en las jambas de entrada a los portales de los edificios suntuosos de cualquier Gran Vía. Odiaba el continente y el contenido de aquel mundo de provincias que



le tocó vivir, aquel mundo en orden lleno de gentes escrupulosas que eran capaces de coger un coche para desplazarse doscientos metros, gentes que compartían estolas de visón y mundos parecidos, que eran dueñas de tiendas de lencería o que pasaban trescientos días al año lavando coches a mano para qué. No le gustaba el mundo que veía y analizaba en sus largos paseos, en sus lentas y densas observaciones fumando Celtas Cortos sentado en las terrazas de la Calle Mayor y la Platería pensando muy profundo como si estuviese construyendo la hipótesis perfecta de la felicidad.

Odiaba los tableros de backgamon. Cuando se sentía mal, especialmente mal, poseído de un profundo sentimiento de rechazo vital, entraba en unos grandes almacenes, se dirigía a la sección de juegos, se cercioraba de que nadie lo miraba, cogía uno de esos tableros y zas, lo golpeaba en su pierna como si fuese un palo, lo quebraba por la mitad y lo arrojaba encima de un fardo de muñecas. Odiaba también esas bolsas de patatas fritas con forma de estrellitas y cerditos, cuando tenía la oportunidad las chafaba en sus manos y las destrozaba con una mezcla de fruición y saña. A veces era capaz de comprar un puñado de aquellas bolsas, las pagaba y allí mismo, delante de quien se las había vendido las iba oprimiendo una por una y las tiraba al suelo y pisoteaba, se sacudía las manos, comenzaba a silbar y se largaba ajeno, omiso y orgulloso. Se sentía a gusto haciendo aquellas cosas. En una ocasión celebrábamos algo y él me invitó a participar de ese aquelarre terapéutico y ritual. Chafamos quince o veinte bolsas delante de la cajera de un supermercado.

Así era Ladoire, mi primer compañero de la Facultad, a quien conocí comiendo por seis duros en la Comandancia del cuartel de la Guardia Civil, los dos éramos hijos del cuerpo y nuestros padres acabaron destinados juntos en la misma localidad, y terminamos el curso operándonos ambos el mismo día de la fimosis. Era cuando el imperio perdido de los hippies, cuando todos teníamos diecinueve años y una trenka marrón o un anorak y la libertad era lo más parecido a llevar el pelo largo y un condón sin abrir en el bolsillo. Era cuando los grises montados a caballo merodeaban los cercos de las universidades, cuando los simca mil pitaban por las calles y la droga era rara y en las asambleas universitarias se pedía pan, trabajo y libertad y asistían albañiles para solidarizarnos recíprocamente por un mundo más justo y un ideal abstracto que acabó equivocándonos, conformando en nosotros un constructo idealista que nos hizo aspirar a algo que no tuvimos nunca ni vendrá. Sin embargo fue hermoso y hoy me acuerdo de aquello a través de Ladoire y no puedo evitar el sonreír, sonreír hacia un lado de la cara igual que un delicioso ángel caído.

Casi fuimos felices aquellos años lánguidos y rápidos. Nos faltó lo de siempre, la gran cosa sin nombre que se busca de joven y debía estar aquí por algún sitio. Yo aprendía de él. Intuía las razones por las que se iba quedando al margen de la vida. No es que habláramos mucho, pero nos entendíamos. Charlábamos de arte y estábamos unidos y muy compenetrados. Asistíamos a todos los estrenos del cine Rosi, uno de esos cines que se denominaban de arte y ensayo. Veíamos películas que han quedado grabadas para siempre en mi interior, historias que no olvido y recuerdo de pronto algunas veces: "Amacord", "Cari Genitori", "El crepúsculo de los dioses", "El fantasma de la Libertad", "Portero de noche" que me hizo tanto daño,....Películas de las cuales salíamos noqueados a la calle. A altas horas



de la noche volvíamos a casa recorriendo las calles en silencio, con las manos metidas en los bolsillos, imbuidos de una extraña tristeza que no he vuelto a sentir, impactados por las imágenes bellísimas y los finales rotundos de aquellas películas subtituladas, sumisos e impotentes, como heridos por dentro definitivamente y con ojos acuosos abiertos como faros, cada uno pensando en cosas que debían parecerse muchísimo. Renunciábamos tácitamente a darle vueltas a lo que habíamos visto, a descifrar, interpretar, analizar el contenido de aquello. No estábamos dispuestos a ensuciar con palabras las sensaciones profundas que nos producía el celuloide. Rechazábamos realizar sucedáneos de cine forum como hacía todo el mundo, grupos entusiasmados que hablaban por la calle sobre el significado polivalente de tal o cual escena, grupos que se mostraban reunidos en las cafeterías de moda, alrededor de una mesa repleta de teteras y tazones de color crema, hablando circunspectos del sentido final del argumento o de leer a Hemingway y cosas de ese estilo. Grupos de jóvenes que nosotros mirábamos de reojo desde el frío nocturno de las aceras, y veíamos gesticulando sin sonido detrás de grandes cristaleras redondas o romboides, enormes cristaleras que daban a la calle de una manera votiva y funcional, pareciendo encerrar acuarios dentro. Grupos que parecían estar cumpliendo con aquello un determinado ritual cultural sin cuya celebración no tenía sentido haber visto la "pelí". Nosotros escapábamos, casi huíamos de esas ceremonias que nunca nos gustaron, caminábamos solos y callados bajo el peso nostálgico de la noche. Andábamos despacio, demorando el regreso para intentar vivir un poco más o a lo sumo parábamos en un barecillo estrecho, siempre el mismo, en el que Ladoire solía poner en la máquina una canción de Adamo y tomábamos una infusión de menta con anís.

A los cinco meses abandoné mi pensión y me fui a vivir con él a una casa vieja de dos plantas que nos alquiló una mujer viuda. Tres años convivimos en aquel lugar humilde y lúgubre que tenía camas de hierro y un olor a existencia detenida en el tiempo. Disponíamos de habitaciones separadas y un aseo común al final de un pasillo. Y allí estuvimos núbiles y tristes, conviviendo en silencio y ajenos a la briega común del mundo estudiantil y de los acontecimientos. Los nuestros eran siempre silencios que vinculan. Hablábamos lo justo y vivíamos al margen de aquella especie de estúpida grandilocuencia cultural. Sin embargo acabamos tomando caminos diferentes. Nuestras vidas se fueron bifurcando. Yo me salvé leyendo y escribiendo, conocí a Ana y nos pusimos novios. Me doblegué aceptando el recto curso padre de la vida, los pasos necesarios para buscar pitanza, ser alguien, vivir bien. Ladoire se ensimismó cada día más en su hipótesis perfecta de la felicidad. Se encerraba en su cuarto con sus cosas, dibujando alveolos pulmonares o escuchando a oscuras sonidos de delfines y ballenas. Era capaz de tirarse semanas sin salir de allí. Otras veces iba solo, se recorría la ciudad varias veces y solo. Volvía tarde y no me decía nada. Un día llegó golpeado, llevaba la ropa rota, sangre en los brazos y hematomas morados en el rostro. Tenía ciclos de autismo y ciclos de euforia. Semanas enteras en las que no se le veía por ningún sitio. Llamabas a su cuarto y no te contestaba. Se perdía y sin embargo estaba por allí, por aquella casa barata que elegimos. Otras veces traía proyectos, hablaba sin parar y te contaba por ejemplo que lo tenía todo preparado para enrolarse en un barco mercante y recorrer el mundo, ver Papúa o fumar en Bombay. Llegó a planificar robos en joyerías, hacía croquis y se proveía de medias para taparse el rostro. En una ocasión me confirmó que se había enamorado de una dependienta a la cual seguía y mandaba regalos por



correo. Robaba discos en Galerías Preciados y en ocasiones me enseñaba grandes cantidades de dinero. Una vez trajo quince mil pesetas con las cuales estuvimos yendo seis días seguidos de putas. Las había conseguido vendiendo cobre que robaba de las obras. Fue enrareciendo, peligrosamente adentrándose en lo delictivo y la locura. Su pensamiento artístico se iba transmutando en una especie de pensamiento práctico obsesivo. Su dignidad rebelde, su estilo marginal, su elegancia vital fueron decayendo. A veces tenía soplos de genialidad y atacaba al sistema directamente. En aquellos momentos reunía todas las condiciones personales para haber sido captado por una banda terrorista. Un día se sentó en una de las terrazas más prestigiosas y caras de la ciudad, donde iba gente fundamentalmente mayor y acomodada, pidió un vaso de leche y aparatosamente colocó encima de la mesa una jeringa, una cuchara, una liga de goma y una bolsa con bicarbonato. Hizo un espectacular preparativo digno de un heroinómano curtido, mientras la gente se escandalizaba, lo miraba, se llevaba las manos a la boca, llamaban al camarero,... entonces introdujo la jeringa en el vaso y la llenó de leche y comenzó a disparar líquido caprichosamente en todas direcciones, untando a aquellos seres histéricos que corrían de un lado a otro como si viesan amenazada su existencia. Pasó siete horas en la cárcel. Le soltó un comisario que se río de aquello, le dio dos bofetadas y le dijo que no lo hiciera más.

Algunas mañanas se levantaba tarde, se duchaba con agua fría, se ponía su mejor ropa, se echaba mucha colonia, compraba un "coronas" y se iba a un restaurante de lujo sin un céntimo encima. Pedía sin pudor toda clase de platos, los más caros, repetía postre y se echaba al bolsillo los flanes envasados, luego, sin ninguna vergüenza, serenamente le decía al camarero que no tenía dinero, fumaba con tranquilidad y decía:" A ver

cómo arreglamos esto". Unas veces le insultaban y otras llamaban a la policía municipal, pero no ocurría nada, generalmente le retenían el DNI unos días y no pasaba nada, ¿qué iba a pasar?. Me decía : "Esto es lo más hermoso que este Sistema ofrece, no te mueres de hambre si no quieres".

Se estaba desviando rotunda e irreversiblemente de la vida corriente. Iba degenerando sus actitudes sociales, aumentando el volumen y la intensidad de sus rebeldías. Robaba libros sobre Degás y Kandisky, orinaba portales de las casas, sustruía motos con las que recorría la ciudad hasta vaciarles el depósito de la gasolina y las abandonaba en el suelo, tiradas en el suelo en mismo lugar donde se detenían faltas de combustible. En las madrugadas, cuando no había peligro en las calles desiertas, se subía en los coches y andaba y saltaba sobre ellos abollándolos en sus partes más blandas. Era inútil hablarle y referirle propósitos de enmienda, acababa diciéndote: "Los héroes somos así", y además, en el fondo, yo era portador de un sentimiento empático y solidario hacia sus actuaciones. En mi interior no acababa de extinguirse una cierta irreverencia cáustica hacia el Todo. Sin embargo, me entristecía saber, haberme ido convenciendo de que por aquellos caminos no se iba a ningún sitio y de seguir así nuestra preciada juventud se desmoronaría en poco tiempo. Ladoire no, el parecía estar cada día más ilusionado con la degradación, era como si fundamental y definitivamente hubiese renunciado a los placeres de la vida corriente y la normalidad, como si ceder y empezar a ser buen chico supusiese caer derrengado y arrastrarse para siempre en un fardo de mierda cotidiana. En su interior algo se estaba desarticulando progresivamente y de por vida.

No pasó de segundo y se hizo Hare Krisna. Me esperó muchas tardes sentado en las escalinatas de la Facultad y se venía detrás de mí hablando



sin parar, enfebrecidamente, sin esperar respuesta, sólo hablando frenético para catecumenizarme. Me hablaba del dios Visnú, de una voz celestial que predecía cosas trascendentes, del Mahabharata y la unión mística, decía que la Verdad traía la Libertad y me enumeraba las proezas de Krisna como niño semidiós que robaba mantequilla y mató al demonio para salvar al mundo. Daba pena escucharle y verle así, rapado y pálido, cómicamente vestido con aquel blusón de lino, hablando con violencia, gahnápíro y poseso de yo no sé qué especie de pasión.

Luego escapó de aquello. Once años después apareció en mi vida. Una mañana entró en el instituto donde yo trabajaba y me pidió dinero. Llevaba Bucapina en los bolsillos. Había envejecido asombrosamente y se veía nervioso y lleno de ansiedad. Decía que iba de paso, que tenía que reunirse en Madrid con alguien que se llamaba George algo. Tomamos unas cuantas copas en los bares de alrededor y charlamos desordenadamente. Recuerdo que había como un poso de oscuridad en sus entendederas. No era el mismo, se había como perdido en el espejismo general del Tiempo, había entrado en una edad baldía, en un estado anímico llagado por la desesperanza y la sinrazón. Bebía como un cosaco y ya no tenía el brillo canallesco y lúcido de sus ojos de antaño. Le hice preguntas sobre las últimas etapas de su vida, pero no me hacía caso, esbozaba un rictus de asco, como desinteresándose de las preguntas, sonreía amargamente y cambiaba de tema. Sin venir a cuento decía por ejemplo: "¡Imbéciles de mierda!, y yo le preguntaba: ¿Quiénes?, y él decía: "Yo qué sé, cualquiera".

Eran los días previos a la Navidad y en las calles pululaba un bullicio anormal, por todos lados resplandecían motivos navideños: árboles atibo-



rrados de cintas de colores y bolitas brillantes, frases desiderativas, estrellas con estelas plateadas, intermitencias eléctricas. Se paró delante de uno de aquellos árboles de navidad galanamente empotrado en el hueco de entrada a una tienda de software y se puso triste y dijo profundamente, lo recuerdo muy bien: "Todo parece usado". Monologó después dispersa y tópicamente sobre la Navidad. Opinó que Jesucristo habría vomitado de haber visto un letrero gigantesco que había colocado una empresa de electrodomésticos en su fachada y que contenía la frase: "Felicidades al Niño Dios y a los hombres de buena voluntad". Luego me comentó que le gustaría vivir en una ciudad bella y sin personas. Recuerdo que, sin venir a cuento, se enfrascó a patadas con un puñado de restos de poliéster que había en una acera y en resumen eso fue todo. Me abrazó sin ternura y se despidió de mí llevándose en su mano, apretados con fuerza, ocho billetes nuevos e impecables de cinco mil pesetas que yo había sacado para él de un cajero automático y ya no le vi más.

Hay dos tipos de muerte, la muerte de los que se van y la muerte de los que nos quedamos. Ladoire se ahorcó en Cuenca, me lo dijo su madre llorando por teléfono. Lo enterraron ayer y apenas hubo nadie. Yo estoy aquí, llevo dos años viudo y no he tenido hijos. Ahora es un domingo cualquiera de noviembre, cumplo cincuenta años la semana que viene, hace viento en la calle, llueve sin fuerza a ratos y me siento cansado y derrotado. Veo mi vida como tramos de tubo que se han ido soltando y quedan pocos. Siento despacio un largo par de lágrimas que se escapan de estos dos ojos claros engastados muy dentro que heredé de mi padre. Han dicho por la radio que esta mañana ha muerto en París el dibujante de Popeye. He leído en la prensa que en Europa quedan setenta parejas de milanos rojos y que hoy, exactamente hoy, hace ciento cincuenta años



que un dentista americano llamado Horace Wells, descubrió accidentalmente la anestesia al inhalar protóxido de azoe. Cierro sobre el regazo un libro de Sociales. Me levanto, camino, doy la luz del pasillo, subo al piso de arriba, cojo el álbum de fotos y me entrego a mirarlo, a repasar con saña los recuerdos y el vicio de vivirlos, la tristeza profunda de lo que ya pasó, de aquello que se fue dejándonos dolor y decadencia, quebrando para siempre en nuestras almas la hipótesis perfecta de la felicidad.